

La condición siniestra

POR CEZARY NOVEK. ILUSTRACIÓN DE NICOLÁS LEPKA.

Escritor maldito, revolucionario excéntrico y playboy. Una expedición nocturna al monumento que erigió a su primer amor, el repaso de una literatura envenenada y la trama de violencia que cruzó su biografía, a cinco décadas de la muerte del último decadentista.

34

Los pastizales tenían más de un metro de altura. Nos costó veinte minutos cruzar las dos alambradas que había desde la banquina hasta el mausoleo. Nos llenamos de cardos y espinas mientras avanzábamos a través del suelo húmedo. Volvíamos de Alta Gracia con dos amigos. Uno de ellos acababa de recibir una mención en un concurso literario de esa ciudad. El otro manejaba.

Llevaba años leyendo sobre Raúl Baron Biza. Sus libros, su desconcertante paso por el mundo. Pero era la primera vez que visitaba el lugar.

A mitad de camino rumbo a Córdoba, la vimos aparecer de la nada: una inmensa aguja negra que se estiraba hasta el cielo, apenas camuflada por las luces de la ruta. No estaba y de pronto estaba. Dejamos el auto a un costado como si obedeciéramos a un llamado. A medida que nos acercábamos, la aguja se iba agigantando hasta volverse amenazadora. *"Parece una catedral extraterrestre"*, dijo el de la mención en el concurso.

El último alambrado era alto e inestable. Resolvimos cruzarlo a través de un árbol de copa abierta que parecía una mano huesuda congelada al momento de tomar algo pequeño. La vereda con baldosas cuadrículadas fue el único detalle que nos devolvió a la realidad, mientras un viento helado nos

azotaba en medio de la negrura. *"Es como esas torres de basalto negro que describía Lovecraft"*, subrayó el conductor con algo de jactancia libresca.

No parece el legado de un playboy. Ni de un revolucionario. Sí, de un escritor maldito. Es el monumento de 82 metros de altura, con forma parecida a un ala, situado sobre la Ruta Provincial 5. Su aspecto es imponente, las fotos no le hacen justicia.

Entramos por el patio trasero. El sendero que desemboca en la entrada por la ruta vieja había sido tragado por la oscuridad y el follaje. Ni lo notamos.

Todas las placas habían sido retiradas. La única inscripción se podía leer en la puerta lateral del monumento: *"Myriam Stefford"*. Cuenta la leyenda que esa puerta fue construida con una plancha de acero reforzado del Graf Spee. Que la estructura se asienta sobre explosivos. Y que dos inscripciones en el interior garantizan una maldición para quien perturbe el descanso de la primera esposa de Raúl Baron Biza, actriz en ascenso devenida aviadora y que murió a los 26 años en un trágico accidente aéreo cuando intentaba unir en un raid todas las provincias de la Argentina.

El dedo que acusa

También dicen que hay un tesoro en joyas y diamantes de valor incalculable. Que el viudo hizo verter toneladas de cemento antes de iniciar la obra.

"¿Y el tipo dónde está, en Recoleta?", preguntó el conductor. Sabía que sus cenizas están sepultadas bajo un olivo, dentro del perímetro. Buscamos por todas partes, sin éxito. Más tarde, chequeando imágenes en la web, descubriríamos que el árbol era el mismo por el que habíamos cruzado dos veces. El que parecía una mano huesuda.

Se trata del mausoleo más grande del país. En su interior yace la mujer nacida en Suiza y cuyo nombre verdadero era Rosa Margarita Rossi Hoffman. La avioneta que pilotaba junto con su instructor se estrelló en San Juan. Hay un monolito en el lugar exacto, aunque mucho más modesto.

Hasta el final de su vida, Baron Biza conservó una pintura de tamaño natural que muestra a la mujer que amó hasta la veneración envuelta en una bata blanca liviana.



lefkah



La boca pequeña pintada de un rojo mundano. La expresión altiva de su cuerpo se ve coronada por risos rubios y perfectos. Igual que en las fotos, parece hablarnos en silencio sobre un mundo de glamour y lujos que ya no existe. El epitafio oculto en el interior de la cripta dice: *"Viajero, rinde homenaje con tu silencio a la mujer que, en su audacia, quiso llegar hasta las águilas"*. Con el cuerpo pegado al monumento, levanté la vista. Aunque lo describen como un monolito estilizado, parece un dedo acusador alzado contra el cielo. El diseño es tétrico y futurista a la vez. Totalmente desubicado en ese paraje de provincias, en medio de la nada.

En una época, Alta Gracia fue zona de retiro para la aristocracia. El predio se llama Los Cerrillos. En otros tiempos fue parte de un extenso terreno que conformaba la estancia que lleva el nombre de la aviadora.

Del viudo también hay un retrato al óleo, algo más pequeño. Se lo ve de traje, acodado sobre un escritorio. El ceño fruncido, los ojos encendidos, el pelo negro peinado hacia atrás. La nariz ostentosa sobre la boca apretada en un rictus de insatisfacción a perpetuidad. Un híbrido entre Iván el terrible con Bela Lugosi se vería muy similar: oscuro, agresivo, elegante, siempre al borde de la ira, vanidoso y megalómano. En otras fotos se lo podría confundir con Arlt. En las de juventud, con Isidoro Cañones. En las de vejez, con un terrible gánster.

De su otra esposa nadie pintó un retrato.

Durante décadas, a Raúl Baron Biza se lo conoció por haberle construido una tumba faraónica a su primera mujer y por haber desfigurado con ácido a la segunda, Rosa Clotilde Sabattini.

Pero hizo muchas otras cosas. Escribió novelas prohibidas; financió varias conspiraciones que intentaron derrocar a los gobiernos de facto de la Década Infame. Marchó al exilio varias veces. Estuvo preso. Hizo huelgas de hambre en hoteles de lujo. Plantó olivos, explotó minerales, vivió de rentas. Administró locales en el paseo comercial bajo el Obelisco. Fue bon vivant en la *Belle Époque* europea. Probó todo tipo de drogas. Tuvo hijos. Se suicidó.

La puerta de ingreso estaba soldada desde hacía años. Después de mucho intentarlo, acercamos un bloque de material que había suelto por ahí y subimos al primer nivel exterior del monumento. Apenas dos metros, pero el viento soplabla con más violencia.

Uno de los amigos tuvo que orinar. El otro descubrió unos huecos redondos. Tiramos un cigarrillo encendido para intentar adivinar la profundidad.

Novelas a tus muertos

La primera vez que tuve noticias de la existencia de Baron Biza fue a través de la novela que escribió su hijo Jorge. *El desierto y su semilla* narra la descomposición del rostro de su madre después de la agresión, así como sus posteriores intentos por reconstruirlo. Hay una metáfora de la historia argentina del siglo 20. También hay una ex-



Durante décadas, a Raúl Baron Biza se lo conoció por haberle construido una tumba faraónica a su primera mujer y por haber desfigurado con ácido a la segunda.

ploración sobre las formas, colores y texturas dignas de un tratado pictórico. Hay una tímida experimentación con el cocoliche internacionalizado, pero es una novela de forma tradicional. Perfecta en su ejecución, con frases citables en casi todos los párrafos. En la proyección ficticia, Raúl se llama Aron. Myriam es Chloé y Clotilde se llama Eligia. Los dos primeros están muertos desde el inicio de la trama pero viven de alguna manera en las dunas cambiantes de la carne corroida por el ácido.

Conocía el trabajo de Jorge Baron Biza por sus críticas y reseñas en el suplemento de La Voz del Interior, que leía con hambre en épocas del secundario. Pero la novela me llegó junto con la noticia de que el autor se había tirado por una ventana un año antes. Resultaba increíble que la historia narrada en la novela pudiera ser real. Y en Córdoba. En la biblioteca del Instituto Goethe había un ejemplar dedicado por el autor: *"Al Instituto Goethe y su gran director Bertrams"*. También había un ejemplar firmado de *Los cordobeses en el fin del milenio*. Ambos desaparecieron.

En la novela se daba por sentado que la historia era conocida por todos. Lo mismo respecto a los libros de Aron/Raúl, a los que incluso cita *in extenso*. Empecé a preguntar por él.

Las pocas personas que se acordaban del asunto tenían la edad de mi abuela. Me hablaron del monumento y de la agresión a la hija del gobernador Sabattini. Datos concretos: cero.

Había poca información en la red por entonces. Un par de datos esquivos mencionaban al padre de Jorge Baron siempre con relación a sus dos esposas. Nació en 1899. Monstruosamente rico. Autor del monumento y de novelas censurables. El monumento sabía dónde estaba.

—¿Y sus novelas? ¿Están buenas? —preguntó el del concurso.

Difícil de responder. Fue más sencillo hacernos pie y subir al segundo nivel. Dos metros más.

En 2006 apareció un artículo de Enrique Vilas-Matas que ahondaba en los aspectos más novelescos de su vida. Pero el entusiasmo y la imaginación del español ocuparon demasiados baches en una investigación hecha a distancia y plagada de datos erróneos. Por ese mismo tiempo, José Playó escribió

un post sobre el tema en el blog Peinate que viene gente. La comunidad de lectores empezó un rico intercambio que se prolongó ocho años. Nunca intervine, pero leí todo.

Los primeros aportes los hizo Walterio, un arquitecto y escritor de Alta Gracia, que también subió antiguas postales sobre Myriam Stefford y su tumba. Después apareció Gabriel Waisberg, empresario y actual propietario de un chalet de La Falda —llamado Coyllur— que Baron Biza le vendió a su padre décadas atrás. Él y su amigo Federico Minolfi comenzaron una investigación en 2005. Primero hicieron un blog. Después una página web, la fuente más completa que existe sobre el tema.

Pero la mayor contribución la hicieron al restaurar por completo la totalidad de los libros "prohibidos" de Baron Biza.

Las famosas novelas —inconseguibles— de pronto estaban al acceso de cualquiera que las googleara.

—Leí varias —le dije al que había ganado la mención—. Él también —señalé al conductor—, pero no le gustaron.

—Es nietzscheano —se atajó este último.

—¿Y eso qué tiene? —preguntó el concursante.

—Que no es Nietzsche —le respondió apretando una colilla contra el suelo.

Así habló Baron Biza

La única obra que nunca subieron completa es la última, *Todo estaba sucio*, porque aún rigen los derechos de autor. Estos están en poder del único hijo vivo —el mayor—, quien no quiere saber nada con la obra de su padre. En *El desierto y su semilla*, el otro hijo la definió como *"un torrente de resentimiento absoluto"*.

Unos párrafos más adelante, amplía su análisis: *"Ha construido un espacio en el que es imposible reconocer un límite. Abrió un desierto al que no se le ven fronteras, géne-*

ro de mal que ya no necesita ejercitarse en la agresión, porque se ha encerrado en un orbe en el que no cabe lo humano; un mundo narcisista, que se crea a sí mismo, que corta toda relación, toda perspectiva, toda reunificación. Ha elegido mirar al vacío, el grado cero de la esterilidad, producir donde no se produce ni se admite ningún defecto, porque reconocer un defecto supone ya admitir que existe alguna perfección: el grado cero de la esterilidad".

La trama en sus novelas, con sutiles variaciones, es más o menos la misma. Hay un rico heredero que se pierde en los ojos de una mujer bella y demoníaca (*"¡Oh, mujer! Para lograr una figura tan bella y un corazón tan duro, ¿qué dios del Olimpo se ayuntó con la hiena?..."*) que lo lleva a la caída. En algún momento, el dinero se acaba y, cuando los paraísos artificiales se diluyen, el protagonista se encuentra hundido en la miseria, sin amigos ni perro que le ladre. Es entonces cuando comienza a fermentar una filosofía propia, oscilando siempre entre el noble optimismo y el deseo de la destrucción absoluta.

Lo que cambia es el mensaje, que irá mutando a niveles más sórdidos. También varían los personajes. De libro en libro, Baron Biza se irá desdoblado cada vez en más alter egos. A través de ellos dejará retazos de su biografía junto con enfurecidas diatribas contra las instituciones y los vínculos humanos. Desde sus comienzos se presentó como un autor polémico, que vomitaba verdades molestas en la cara de la sociedad hipócrita de su época. En cuestiones de estilo, alterna entre amaneramientos literarios y párrafos poderosos, que difícilmente causan indiferencia. No obstante, es imposible leerlo sin tener en cuenta su tiempo y su vida. Podría decirse también que encarnó a la perfección

Escribió novelas prohibidas, financió varias conspiraciones que intentaron derrocar a los gobiernos de facto de la Década Infame. Marchó al exilio varias veces. Estuvo preso. Hizo huelgas de hambre en hoteles de lujo.

la frase de Oscar Wilde: *"La vida imita al arte más que el arte imita a la vida"*.

—También tiene influencias de Max Stirner, Sade y Schopenhauer —comentó el que maneja.

—Pero no es ninguno de ellos, ¿no? —retriqué.

—No.

—¿Y eso está bueno? —insistió el de la mención.

—Ponele...

La estética es un tema aparte y por eso no extraña que hoy sus libros sean objetos preciados para los coleccionistas. Las portadas e ilustraciones remiten a la versión vernácula de la literatura *pulp* norteamericana de las primeras décadas del siglo 20. Lo que en USA fue una literatura de edición barata para consumo popular y especializada en géneros —ya que la principal función era distraer de las miserias de la Depresión o de la angustia de la 2da Guerra—, en nuestro país se desarrolló de forma extraña, mezcla rabiosa entre política, erotismo, provocación y morbo. Esa literatura que convivía en las estanterías de usados con las obras de Hugo Wast, Omar Viñole, Vargas Vila y ejemplares de *Mi Lucha*.

El derecho de matar ostenta una portada tétrica, con una calavera y una guadaña que chorrea sangre. Las ilustraciones del interior fueron obra de Teodoro Piotti y emanaban una oscuridad comparable a los mejores trabajos de Harry Clarke sobre Edgar Allan Poe. *Punto final* tiene una portada que sugiere erotismo e intrigas. *Todo estaba sucio* tiene una anécdota: los dibujos fueron realizados por un pintor surrealista boliviano —Benjamín Mendoza y Amor— que años más tarde intentaría matar al Papa Paulo VI en Filipinas. Publicó también dos testimonios: *Por qué me hice revolucionario* y *Un proceso original*. El primero da cuenta de sus años de lucha revolucionaria junto a la resistencia radical en los años 30. El segundo es una defensa sobre un extraño incidente con un arma, en el que se vio involucrado su cuñado, y que le valió un año de prisión.

El que lo tenía todo

Una semana antes de desfigurar a Clotilde Sabattini, le escribió: *"Cada día que pasa continuamos arrancándonos un pedazo de carne. Es increíble confirmar que seres que se han amado como nosotros puedan llegar a odiarse tanto"*.

No dejó carta cuando se mató. A menos que consideremos sus libros como preámbulos de su final.

Pero sería caer en el facilismo.

Jorge Baron dijo: *"Mi padre era un ingenuo, creía en la indignación, la violencia y el margen. Recorrió todo el camino de la degeneración y al final no encontró nada"*.

Como una reacción en cadena de la que no pudieron escapar, catorce años después su segunda esposa se arrojó por la ventana del mismo departamento en el que fue agredida. Tiempo después, su hija menor tomó la misma decisión. Jorge Baron la postergó hasta septiembre de 2001.

La bibliografía se multiplicó: Christian Ferrer y Candelaria de la Sota escribieron biografías sobre Raúl Baron Biza. Surgieron numerosos textos y comentarios sobre *El desierto* y su *semilla*, que se volvió a editar cada tanto, en Argentina y en otros países.

A pesar de la infamia y la leyenda que pesa sobre él como una condena, Raúl Baron Biza fue libre de una manera particular. No se conformó con retozar entre mujeres y lujos; y jamás sintió indiferencia por la hipocresía y la injusticia que veía a su alrededor. Construyó escuelas, generó trabajo, hizo donaciones y apoyó causas que creía nobles. Cuando la desilusión le ganó la pulseada, sus ansias de cambiar el mundo dieron lugar al asco y el odio. La toxicidad de su ira puede resultar algo indigesta. Como sus ideas. Algunas son muy interesantes y se proyectan más allá de nuestro tiempo. Otras —más ancladas a su contexto— pueden verse algo obsoletas. Todas son políticamente incorrectas. Por su

honestidad brutal, merece una oportunidad de lectura. Nunca cerró la boca, aunque le costara la soledad total en sus últimos días.

—¿Qué puede querer alguien que ya lo tiene todo? —pensé en voz alta, mientras intentaba quitarme la carraspera que me había producido el viento helado.

—Es obvio: un todo nuevo —remató el concursante.

—Bajemos —dijo el conductor.

Mientras saltamos del primer nivel al piso de baldosas, el conductor sumó un dato: *"Había un cuidador, hace mucho. Rengo, con un farol a querosene y una gorra de maquinista. Vivía por acá y te guiaba por dentro mientras te contaba la historia. Un tipo que lo conoció dijo que se parecía a Marty Feldman"*.

Hacia la izquierda, en dirección de la entrada original, se veían unas luces. Creímos ver una casa. El viento daba cachetazos fríos que ya ni sentíamos. Nos pareció que traía un grito o un aullido.

El sonido era lejano y llegaba en oleadas. No supimos de dónde. Parecía venir en diferentes direcciones y arremolinarse entre nosotros. Cruzamos la maleza y las alambradas en silencio. Ninguno miró hacia atrás. En la banquina, las balizas del auto parpadeaban. Iba a decirles algo. El conductor puso un CD de Kyuss y subió el volumen a tope. 🎧

TRIPLEDOBLEVÉ:
www.baronbiza.com.ar